

una arquitectura y ciudad acorde con las condiciones culturales, sociales, ecológicas, paisajísticas y contextuales se están dejando de lado para limitar los proyectos a un mero número de metros cuadrados vendibles, cantidad de estacionamientos y la estandarización de la distribución interna de un departamento. El edificio multifamiliar es una prueba clara de esta pérdida de rumbo. Y es la responsabilidad de nosotros, los arquitectos, el enrumbar nuestro ejercicio profesional hacia criterios que, lejos de volver inviable un negocio inmobiliario porque nos quedaríamos sin trabajo, sean lo suficientemente creativos y hechos a conciencia para lograr proyectos que cumplan con todos los requisitos necesarios para construir una mejor ciudad.

No debemos enfrentar conceptos como escala, contexto urbano y cultural, perfil urbano, habitabilidad, confort, estética, etc. con el óptimo rendimiento económico de un edificio. Al contrario, debemos partir de nuestros principios como arquitectos para luego lograr un proyecto que sea digno

El edificio multifamiliar no tiene un cliente definido: es una construcción pensada para un tercero, muchas veces reducido y estereotipado a un segmento social, edad y cantidad de integrantes de una familia.

para la ciudad, a la vez que rentable para nuestro cliente.

Curiosamente, el edificio multifamiliar no tiene un cliente definido: es una construcción pensada para un tercero, muchas veces reducido y estereotipado a un segmento social, edad y cantidad de integrantes de una familia. Ese puede ser el principal problema al cual nos enfrentamos: el diseñar un edificio para un ente abstracto, para una estadística. Dentro de ese contexto, las negociaciones entre

arquitecto e inmobiliaria/cliente se limitan a la optimización comercial del producto vs. la lógica proyectual del arquitecto, sea buena o mala, sin tener en cuenta al futuro usuario, y dejando de lado, por la vertiginosa rapidez de elaboración de un proyecto, aquellos detalles que en otras épocas constituían los principales argumentos para el diseño de un edificio.

¿Qué debemos hacer, nosotros los arquitectos, ante esta situación?

Pensar que podemos, con un simple detalle o gesto (como mínimo) introducir nuevamente algo de lo aprendido en la universidad para tratar de obtener un resultado menos impersonal, menos pobre para nuestra ciudad.

Un ejemplo podría ser tratar de pensar, cuando se diseña, en la relación que existe entre el edificio y la calle. El peatón, consumidor por excelencia de la ciudad, se enfrenta muchas veces a elementos que, lejos de integrarlo en su entorno inmediato, lo rechaza. Podríamos empezar por un

Las fachadas no solo deben obtener las bondades del color y textura, sino que permitan una vejez mejor llevada al edificio.

